



La huerta

Un pueblo de goma

Jornada 20ª. Domingo 13 de julio.
Cacabelos

La Válgoma: De “valle” y “cumbus” (=combado), es decir, valle acombado, cuenco. Al final tenía razón Alicia, un pueblo flexible, de goma. Documentado tardíamente, en el siglo XVI.

Guiados por nuestros compañeros del Club Ciclista, dejamos Cabañas Raras por una pista rural entre choperas. Una pista tan ancha que hiere el paisaje, en la que han descubierto un pequeño puente medieval. En este Bierzo de mis pecados, das una patada a una piedra y aparece un dolmen o una imagen de san Jorge. De momento, el puente sigue allí, bajo una pista que quiere ser mayor y convertirse en carretera asfaltada que para eso tenemos Diputación. El camino por el que pedalemos pasa por La Válgoma:

-Ya lo dice la palabra -explica Ali a los ciclistas- un pueblo de goma.

Como su padre es tan pesado que en cada lugar les explica el origen del topónimo –“Cabañas Raras, porque había cabañas de pastores”, “Campo-na-rama quiere decir que estaba *na raia*, en la divisoria entre El Bierzo y Galicia”- las niñas se adelantan e inventan sus propias etimologías. La de Vál-goma, Alicia la tiene clara.

El pueblo conserva todavía unas cuantas viviendas con paredes de adobe y cierta armonía: se respeta la altura de las casas y los materiales constructivos. Pertenece al grupo de pueblos bercianos que no corren peligro de abandono: la proximidad a Ponferrada permite vivir aquí y trabajar allí y, por supuesto, venir a sembrar unas patatinas o *apicar unos sucos* de pimientines el fin de semana. La tranquila carretera de La Válgoma nos lleva hasta Camponaraya donde hacemos un alto al pie de la Cooperativa de Vinos.

-¿Qué es cooperativa? –pregunta Alicia.

Pues lo mismo se preguntaban hace treinta años los viticultores del Bierzo. Se puso de moda entonces el movimiento asociativo y en la comarca nacieron cooperativas aquí y allá: las de Villafranca, Cacabelos, Camponaraya, Cabañas, Los Barrios. Ahora son demasiadas, pero entonces había muchos paisanos en los pueblos del Bierzo y tantos tractores como paisanos, las viñas se araban y podaban, se trabajaban vegas hoy abandonadas; las variedades de uva tenían nombres sonoros y casi patrióticos: Alsacia, Mencía, Garnacha, Doña Blanca, Malvasía, Palomino, Tinta Alicante, Tempranillo, Jerez, Moscatel, Guadalupe, Redondal, ahí van doce, y la Ojo de Sapo para los supersticiosos.



Cuando llegaba la vendimia, toda la hoya berciana era una fiesta, un jolgorio y una verbena. Venían jornaleros de Portugal, a trabajar por dos pesetas, duros como cascajos, leales y sufridos. Vendimiadores y segadores: qué mal nos hemos tratado los unos a los otros. “Castellanos de Castela: tratade ben ós galegos; cando van, van como rosas; cando veñen, veñen como negros”. Algunos usan los versos de Rosalía como afrenta; pero es un error, campesinos irmandiños y comuneros estábamos en el mismo bando, el de la miseria secular. Ahora vienen en pateras y son subsaharianos y en su panteón de gallega ilustre, Rosalía de Castro reescribe:

Europeos de Europa
tratade ben ós pateiros.
Cando van, van jodidos.
Cando veñen, veñen esfolados.

Aunque agotadora, la vendimia era una fiesta. Se reunían cuadrillas numerosas de hombres y mujeres, había muchas risas entre las cepas; era la mejor cosecha del año, la más lúdica y duradera y para algunos la más necesaria. Porque el sudor y la uva se pegan a la piel y le dan sabor a mosto y a tierra, y dan ganas de comer los racimos a bocados, como los caballos golosos, o con lujuria provocadora sobre los pechos de Uxía Blanco en *Sempre Xonxa*. Pienso que la vendimia es la fiesta del Bierzo por excelencia y, sentados a la sombra de la cooperativa, con las bicicletas apoyadas en una báscula, les cuento estas cosas a Sandra y Alicia, que escuchan atentas o no. “Sí, hijas mías, de cuando en El Bierzo había vendimias de verdad y vuestro padre podía con dos maniegos”. Me miran con ojos raros y, por haber presumido de currículum, uno de los ciclistas que nos acompañan, me sienta la mano: “Ya se sabe, el que no sirve para vendimiar, a sacar cestos”.

Estamos en primavera, hoy la cooperativa está desierta y algo destartalada, esperando a que los racimos maduren en las laderas, de modo que retomamos las bicicletas y nos vamos silbando por el camino de Narayola, hasta el monasterio de Carracedo, dejamos a mano derecha, junto a la tapia del cementerio, el estudio de la bruja de Camponaraya, María Naraya Narayola, celestina famosa por sus curvas y por haber acertado diez años antes la predicción de que Raúl Guerra Garrido sería nombrado aquí mismo Castañera Mayor del Bierzo.

De Camponaraya a Carracedo hay un paso y lo damos de la mano de Raúl y su *Viaje a una provincia interior*, libro iniciático en el que el protagonista tiene que superar las nueve pruebas de la Buena Hombría. La prueba de la elección intuitiva, la de la salve nocturna, la de jugar con fuego, la del remate, la del gocho, la del valor, la del agua de oro, la de la bella durmiente, y la de la soledad y el silencio.

Raúl y su compañera, Maite, han venido desde Donosti para darnos ánimos en nuestra búsqueda de la Buena Hombría. Ayer cenamos en el parador de Villafranca por el solo gozo de conversar, compartir vida interior, luces y sombras, y, sobre todo, reír juntos. El humor de Raúl es un salvoconducto para superar las noventa veces nueve pruebas que nos acechan en este viaje. Por eso, llevo conmigo en el macuto el *Cuaderno secreto* cuya dedicatoria amorosa me cautiva: “Aún no había entrado Maite en mi vida, pero ya la aguardaba con impaciencia”. Y he guardado, como pétalos de seda entre sus páginas, los consejos sabios y el afecto de Maite.

El Cuaderno secreto

No falto a la verdad si te cuento, lector amigo de piedras inspiradas, que en 1988, cuando llegamos a este monumento nacional, el Monasterio de Carracedo, que lo es desde 1928,



Campo Naraya: Nada de raias ni lindes, “campo junto al río”. Es uno de los topónimos más antiguos del Bierzo. “Nar” procede de una base indoeuropea precéltica que significa río (aparece en Narcea, Naredo, Naranco, Naraguantes) y forma nuestro Naraya y su diminutivo Narayola, documentados desde el año 891.

metimos nuestros caballos a pastar en el claustro, donde el guarda cultivaba una *latica* de berzas y patatas. Tal era la ruina y abandono tan frecuentes en nuestra tierra. Te hablo de un monasterio fundacional del Bierzo, por el que transita toda nuestra historia desde que lo fundó Bermudo II en el año 900, después de las razzias del moro Almanzor. Por aquí pasó Ambrosio de Morales haciendo inventario para Felipe II y encontró un peine que perteneció a María Magdalena; Jovellanos documentó la imponente biblioteca frailuna antes de que la quemaran los franceses en 1808, que fue un invierno muy frío. Fue convento cisterciense y como tal aparece por doquier en *El señor de Bemibre*, donde el abad de Carracedo, que mandaba en casi todo El Bierzo, tiene papel protagonista: evita el rapto o fuga de doña Beatriz en brazos de don Álvaro y tuerce el curso de la novela. La curia siempre tocando las narices a los enamorados.



Aunque para enamorados de verdad de este monasterio, nadie como los amigos de Cacabelos, Raúl Guerra y Pepe Carralero, me trastabillan en las erres y las niñas me retan: “Guerra Garrido tenía una parra y Carralero tenía una perra y la perra de Carralero mordió la parra de Guerra Garrido. Díme, compadrrre, ¿por qué la perra de Carralero morrrdió la parra de Guerra Garrido?, etcétera”.

El amor de Pepe Carralero por estas piedras es incestuoso: “en Carracedo el arte es voyeurismo. Esto tiene ángel, anda por ahí la Santa Compañía...”; pues ándale, nos adentramos en el claustro a ver si aparece. Por fortuna, el monasterio está algo mejor que hace veinte años: hubo una restauración importante y el claustro y la cocina de la Reina han recuperado su dignidad y merecen una visita detallada. Paseamos bajo los arcos góticos mientras Anxo se recrea en la angulación de las fotos, buscando la perspectiva imposible. Nada es evidente, ningún tema está agotado, cualquier paisaje es nuevo para los ojos que saben mirar, como los de Anxo o los de Sandra y Alicia, que se sorprenden de las altas columnas, los rosetones y la gran chimenea. En el salón noble juegan a ser damas principales y se hablan de esquina a esquina, provocando ecos entre los que se cuele la voz grave de doña Sancha.

Mis hijas se sienten hoy como en casa porque en la iglesia del monasterio celebraron mis padres, Tomás y Hortensia, las bodas de oro y las niñas recuerdan con todo detalle la fiesta familiar y cómo al salir de misa esperaba a los novios, por sorpresa, el mismo Renault Dauphine en el que cincuenta años antes hicieron la luna de miel. Los nietos habían decorado el papamóvil de Totó con espumas y serpentinas y todos esos recuerdos los llevan Sandra y Alicia en la retina unidos a las bóvedas de Carracedo, igual que el farmacéutico de Cacabelos, don José Garrido.

Don José, abuelo de Raúl, anduvo por aquí “rastreado los libros supervivientes al continuo espolio a que fue sometida su biblioteca. En una sala intermedia entre la Capitular y la de la Reina, se amontonaban los libros entre los cuales la chavalería requisaba los de pergamino para con sus hojas confeccionar teléfonos capaces de hacer que la voz, no el grito, doblara una esquina: dos latas vacías y desfondadas, un pergamino obturando un extremo en cada cilindro y un bramante uniendo en tensión las dos alejadas y vibrátiles pieles”.

Lástima de un buen pergamino, el *Tabulae et taxae omnium ecclesiarum Hispaniae* que don José Garrido requisó para sus trabajos manuales, para que Sandra y Alicia se hagan unos móviles medievales. A falta de un incunable, les hablo del *Cuaderno secreto* y, como veo que las pitufas desconfían del cuerno del alicor o de que aparezca en un libro el Niño Jesús jugando a las chapas con San Antonio, apelo a la autoridad:

-Pues, preguntádle a Raúl, que para eso es obispo de Astorga.

Si Ilustrísima Raúl les hablará esa tarde con nostalgia del manuscrito *Personalía* de su abuelo José y de los incendios –las llamas de la ignorancia– que asolaron el Monasterio de Carracedo. Y mis andarinas le creerán sin necesidad de ver el legajo del abuelo, cuando la voz de orfeón donostiarra se quiebre levemente con la emoción y Raúl recordará entonces

otro incendio, en su farmacia de la calle Arrizar –cuatro encapuchados cobardes, las llamas de la intolerancia-, y Raúl les dirá que allí ardieron para siempre el manuscrito del abuelo, su patrimonio familiar y sus recuerdos personales.

Sé que Sandra y Alicia se quedarán mirando a Raúl, al que ven como un abuelo, con su barba blanca y su risa pícaro, y no entenderán por qué a este señor unos etarras le han quemado en Donosti la farmacia y el *Cuaderno secreto* encontrado por la prima Nila en Cacabelos. Y yo sé, lectora inflamada por las hogueras de la rabia, que las andarinas esa noche habrán aprendido una lección: a Raúl le han quemado la farmacia y el manuscrito, pero nada ni nadie podrá quemarle la libertad y la memoria.